

¿Creación de Dios o evolución ciega de la materia?

Juan Luis Lorda, Antropología Teológica, Eunsa, Pamplona 2013 (2ª), 117-122.

La evolución y sus causas

Hasta mediados del siglo XIX, la cultura occidental sólo tenía un relato sobre el origen del hombre: el que cuenta la Biblia. Desde 1859, en que Charles Darwin publicó *El origen de las especies*, existen *dos relatos*, un relato religioso y un relato científico: ¿son compatibles?

La cuestión tiene, evidentemente, *un gran trasfondo cultural*. No es lo mismo decir que el hombre es una criatura privilegiada, creado por Dios, que decir que el hombre es un pariente próximo de los primates, un poco más evolucionado y surgido por casualidad. Por eso, se necesita precisar bien el alcance de cada relato y lo que significa, lo que sabemos y lo que no.

Este debate se ha desarrollado con especial viveza en los Estados Unidos. Conscientes de su impacto cultural, muchos cristianos de diversas confesiones han exigido que en la enseñanza, se pongan al mismo nivel el evolucionismo y el creacionismo. Piensan, con razón, que una explicación evolucionista exclusivamente materialista deshace todos los valores de la civilización. La cuestión está un poco deformada, porque muchos creacionistas pertenecen al fundamentalismo protestante, que postula una interpretación literal del Génesis, incluyendo sus fechas. Mientras que muchos evolucionistas, en lugar de quedarse en los datos, convierten el evolucionismo en una ideología materialista, y defienden que toda la realidad se ha hecho sola y por puro azar. La Iglesia católica cree que el Génesis debe ser interpretado de acuerdo a lo que es: un relato religioso sobre los orígenes, y que no es necesaria una interpretación rigurosamente literal. Por el otro lado, va contra el método científico extrapolar los datos científicos y convertirlos en ideología materialista. Por sí misma, la evolución no se opone a la creación, y puede ser perfectamente la forma en que Dios ha creado el mundo.

Para juzgar bien la cuestión, hay que distinguir dos aspectos. Primero, los *datos sobre la evolución*. Después, *la teoría* que intenta explicar los datos y su proceso. Los datos de la evolución son, hoy por hoy, suficientes para deducir con seguridad que ha existido una evolución.

Los datos fundamentales son: la relación morfológica entre las especies (hay fuertes parecidos, órganos atrofiados, etc.), que son la base de la clasificación zoológica (taxonomía); el registro fósil, donde aparecen una sucesión de especies parecidas. Aunque es un registro muy fragmentario (los fósiles son siempre raros y parciales) muestran una sucesión y un avance. Hay otros datos menos relevantes, como el asombroso parecido de los embriones y de su primer desarrollo. Además, el mayor conocimiento del patrimonio genético de las distintas especies permitirá establecer, con mucha mayor seguridad, el árbol de dependencias entre las especies. Y quizá llegar a saber por qué se han producido los saltos evolutivos.

Queda explicar *las causas del proceso*. Darwin propuso dos causas “materiales”: la variación espontánea de la herencia y la selección de los más capacitados. Con diversos cambios, a medida que se ha conocido mejor la genética, se mantienen estas dos causas.

Se produce una variación espontánea en la herencia (los hijos presentan pequeñas modificaciones). Y la selección natural premia aquellas variaciones que suponen una ventaja, una mejor adaptación al medio. Por la acumulación de esas “micromutaciones”, se van separando las especies. Desde el punto de vista científico, es difícil pensar que sólo por la acumulación aleatoria de pequeñas mutaciones se produzcan los saltos orgánicos que se observa entre las especies. Porque en la escala evolutiva, se observan saltos estructurales. Y, según el registro geológico, las especies permanecen inmutables durante millones de años. Si la evolución fuera por pequeños cambios, el registro fósil tendría que ser continuo (una sucesión de pequeñas variantes), pero lo que se observan es estabilidad y saltos. El mismo Darwin advirtió el problema en *El origen de las especies*, pero pensó que se encontraría una explicación. Todavía no se ha encontrado. Esto significa que falta algo para completar la explicación material del proceso.

Las dos causas pueden ser suficientes desde el punto de vista “material”, pero no “formal”. *Se explica la “ocasión” del cambio, pero no la “forma” del cambio.* Se puede conceder que, por pequeñas alteraciones casuales, se hayan producido saltos en las formas vivas. Pero las estructuras que aparecen en la evolución de la vida no se explican por la casualidad. Falta explicar *de dónde viene ese orden creciente* que se manifiesta en la escala de la vida hasta llegar al ser humano.

Si pensamos en la materia como en un juego de construcción, hay que pensar de dónde han salido sus asombrosas reglas y estructuras (en qué razón se origina el juego). No se puede aceptar que la vida y todas sus complejas funciones que movilizan miles de millones de células, cada una con miles de millones de componentes son fruto exclusivo del azar. El azar puede haber intervenido en su aparición. Pero no es capaz de crear ni las leyes físicas ni la estructura con sus propiedades: tenían que ser posibles de algún modo. Si, caminando por la playa, me tropiezo con un tesoro, el azar es la explicación de que haya encontrado el tesoro, pero no explica la existencia del tesoro. De la misma manera, un hecho casual (una radiación) puede dar ocasión a un cambio genético. Puede ser que el ojo haya aparecido gracias a una colección de casualidades. Pero es evidente que la casualidad no explica la estructura del ojo.

Este tema ha sido reforzado con la hipótesis científica del Big Bang. Toda la realidad que conocemos procede de un estallido inicial de un punto enormemente denso. Desde allí se han formado todas las estructuras físicas del universo, el sistema solar, la tierra (que es un sistema con una complejidad y un equilibrio extraordinarios) y después la vida, hasta llegar al hombre. El universo tiene un increíble grado de orden dinámico. Si no supiéramos que es una hipótesis científica, parecería un cuento de hadas. El orden y las estructuras que aparecen necesitan alguna explicación. La investigación sobre la causa del orden en el universo remite, en el fondo, al argumento de la “quinta vía”.

Es muy posible que las investigaciones genéticas en curso desvelen poco a poco nuevos mecanismos de la evolución. Desde el año 2000, progresa la lectura del patrimonio genético de las distintas especies, es posible compararlas y ver qué cambios se han producido y probablemente llegaremos a saber qué mecanismos han dado orígenes a la aparición de estructuras nuevas o más desarrolladas. Esto añadirá una nueva explicación de los pasos. Pero siempre faltará la explicación global –formal- de este maravilloso juego de construcción: ¿de dónde han salido sus leyes?, ¿ha sido diseñado o se ha dado las leyes a sí mismo?

Intervenciones del Magisterio de la Iglesia

A diferencia de otras confesiones religiosas, el Magisterio de la Iglesia no quiso pronunciarse sobre la hipótesis de la evolución hasta mucho tiempo después, casi un siglo. Pío XII, en la encíclica *Humani Generis* (1950), que trataba de muchas otras cosas, hizo *tres precisiones*: 1) pidió *cautela* para distinguir lo que es una hipótesis de lo que es algo probado; 2) defendió el *origen divino del alma humana*; y 3) *rechazó el poligenismo* por considerarlo incompatible con la doctrina del pecado original.

Decía Pío XII en 1950: “Algunos piden que la religión católica tenga en cuenta esas disciplinas. Lo que ciertamente es de alabar cuando se trata de hechos realmente demostrados. Pero hay que recibir con precaución lo que son más bien hipótesis (...) que, aunque estén unidas a las ciencias, de alguna manera afectan a lo contenido en la Escritura o la Tradición (...). El Magisterio de la Iglesia no prohíbe que en las investigaciones y debates de los peritos (...) se trate la doctrina del ‘evolucionismo’; que busca el origen del cuerpo humano en una materia viva preexistente, aunque la fe católica nos ordena mantener que las almas son creadas por Dios sin mediación alguna (*inmediate*) (...). En lo que se refiere a la otra opinión conjetural, que llaman poligenismo, los hijos de la Iglesia no tienen la misma libertad. Los cristianos no pueden sostener que, después de Adán, haya habido en la tierra verdaderos hombres que no procedan de él (...) o que Adán signifique una multitud de protoparentes. Porque de ningún modo se ve cómo se puede hacer compatible esta sentencia con lo que dicen las fuentes de la revelación y los testimonios del Magisterio de la Iglesia sobre el pecado original, que procede del pecado verdaderamente cometido por un único Adán”.

La cuestión fue también abordada por Juan Pablo II en un significativo discurso a la Academia Pontificia de las Ciencias (22.X.1996). En relación con *Humanae generis*, Juan Pablo II señalaba que la acumulación de indicios parecen *confirmar el "hecho" de la evolución*; es decir, que el hombre procede de la evolución de seres vivos inferiores, aunque quepan diversas "teorías" sobre el modo en que se produce. E insistía en la creación del alma directamente por Dios, subrayando que ha habido un "*salto ontológico*" para llegar a la especie humana.

"Hoy casi medio siglo después de la publicación de la encíclica, nuevos conocimientos llevan a pensar que la teoría de la evolución es más que una hipótesis. En efecto, es notable que esta teoría se haya impuesto (...) a causa de una serie de descubrimientos hechos en diversas disciplinas del saber. La convergencia (...) constituye de suyo un argumento significativo a favor de esta teoría". Y seguía "A decir verdad, más que de la teoría de la evolución, conviene hablar de las teorías de la evolución. Esta pluralidad afecta, por una parte, (...) al mecanismo de la evolución, y, por otra, a las diversas filosofías a las que se refiere. Existen también lecturas materialistas y reduccionistas, al igual que lecturas espiritualistas. Aquí el juicio compete propiamente a la filosofía y, luego, a la teología (...). Las teorías de la evolución que, en función de las filosofías en las que se inspiran consideran que el espíritu surge de las fuerzas de la materia viva o que se trata de un simple epifenómeno de esta materia son incompatibles con la verdad sobre el hombre. Por otra parte, esas teorías son incapaces de fundamentar la dignidad de la persona. Así, pues, refiriéndonos al hombre, podríamos decir que nos encontramos ante una diferencia de orden ontológico, ante un salto ontológico" (Discurso 22.X.1996, nn 4-6).

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que el alma ha sido creada directamente por Dios, citando en nota el texto de *Humanae generis* (n. 366). No se refiere directamente al monogenismo, pero da por supuesta la unidad de origen del género humano (n. 360).

La cuestión del poligenismo, por otra parte, ha perdido bastante actualidad científica. Hay que tener presente que, en la medida en que los saltos en la evolución se producen por alteraciones importantes del patrimonio genético inducidas casualmente, los saltos importantes entre las especies no se producen por una población que evoluciona homogéneamente, sino por alteraciones significativas en individuos concretos. No se podrá decir nada más hasta que no se conozcan mejor los mecanismos de crecimiento de la complejidad y cómo se pueden transmitir.

Conclusión

La fe cristiana postula que todo el universo es creación de Dios y que ha habido una intervención especial en la creación del hombre, pero no tiene inconveniente en pensar que Dios ha creado la vida por evolución, incluso haciendo intervenir el azar (pequeñas casualidades que dan ocasión a grandes cambios). Dios gobierna todas las cosas, azar incluido. La incompatibilidad se produce con aquellas teorías que defienden que la materia se autocrea por azar y necesidad y *excluyen positivamente la intervención de un Dios creador*. Todo vendría de abajo y sin ningún sentido en lugar de venir de la inteligencia divina. Si fuera así, se produciría la paradoja de que la razón humana es el resultado de un proceso completamente irracional: la razón se fundamentaría en la sinrazón (Benedicto XVI). Darwin se cuidó de hacer afirmaciones reductivas. Pero algunos ideólogos y también algunos científicos practican ese reduccionismo.

"No se trata sólo de saber cuándo y cómo ha surgido materialmente el cosmos, ni cuándo apareció el hombre, sino más bien de descubrir cuál es el sentido de tal origen: si está gobernado por el azar, un destino ciego, una necesidad anónima, o bien por un ser trascendente, inteligente y bueno, llamado Dios" (CEC 284). Dice Benedicto XVI: "Al final, se presenta esta alternativa: ¿Qué hay en el origen? O la Razón creadora, el Espíritu creador que lo realiza todo y deja que se desarrolle, o la Irracionalidad que, sin pensar y sin darse cuenta, produce un cosmos

ordenado matemáticamente, y también el hombre con su razón. Pero entonces, la razón humana sería un azar de la Evolución y, en el fondo, irracional” (*Homilía en Ratisbona*, 12.IX.2006¹).

El desarrollo de las ciencias naturales ha ido aparejado a un desarrollo del materialismo. No es que las ciencias conduzcan necesariamente al materialismo. Pero, por cuestiones de método, pueden inducir una óptica materialista. Quien dedica su vida a estudiar cómo está construida materialmente la realidad, puede acabar reduciendo todo a la materia. Al fin y al cabo, el hombre es “imagen de Dios”. Quien cree en un Dios personal, creará en un hombre con una personalidad fuerte. Quien crea que todo es materia, creará que el hombre es imagen de esa materia.

Muchos materialistas *parecen incapaces de percibir la maravilla de lo que hablan*: el crecimiento fantástico de la complejidad y la aparición sobre la tierra de tan rica variedad de estructuras y tan asombrosos fenómenos, como el ciclo del agua sobre la tierra, la química del carbono, la vida, la visión, la psicología animal o la autoconciencia. Al mirar las cosas tan de cerca pierden la visión de conjunto. Les falta capacidad contemplativa. Para un cristiano, toda esta maravilla sigue siendo una casi evidente huella de Dios (cfr. CEC 341). Y, si los saltos han sido provocados por fenómenos casuales, todavía resulta más fascinante.

G. K. Chesterton argumenta: “La mayoría de las historias acerca de la humanidad comienzan con la palabra evolución y con una exposición bastante prolija de la misma (...). Realmente, es mucho más lógico empezar diciendo: ‘En el principio, un poder inimaginable dio lugar a un proceso inimaginable’. (...). Un suceso no es más o menos comprensible en función del tiempo que tarda en producirse. Para un hombre que no cree en los milagros, un milagro lento será tan increíble como uno repentino (...). Lo que importa en último término es conocer la causa de su movimiento. Por eso, todo el que realmente entienda este asunto se dará cuenta de que detrás ha habido y habrá siempre una cuestión religiosa o, al menos, filosófica o metafísica”². Dice el Catecismo: “La cuestión sobre los orígenes del mundo y del hombre es objeto de numerosas investigaciones científicas que han enriquecido magníficamente nuestros conocimientos sobre la edad y las dimensiones del cosmos, el devenir de las formas vivientes, la aparición del hombre. Estos descubrimientos nos invitan a admirar más la grandeza del Creador, a darle gracias por todas sus obras y por la inteligencia y la sabiduría que da a los sabios e investigadores” (CEC 283).

¹ La traducción es nuestra.

² G. K. CHESTERTON, *El hombre eterno*, I, 1, Cristiandad, Madrid 2004, 29-30.